

21
PELICULAS

Novela Semanal



PÉLICULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 21 :: 25 CTS.

BIGAMIE 1927

BIGAMIA

Adaptación literaria de la película
del mismo título interpretada por

MARIA JACOBINI

VILASECA Y LEDESMA, S. A.

LAYETANA, 53 :: BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925 : BARCELONA

PRIMERA PARTE

En uno de los barrios, algo apartado del centro de la ciudad, el lampista Pedro Engel, había soportado durante años y años, sobre sus espaldas de atleta, el peso de la pobreza y la cruz del dolor, producida por el abandono de su esposa, pero su voluntad férrea y su fe en el trabajo le habían dado, al fin, olvido y bienestar.

Encima de la tienda de éste vivía el escribiente del Palacio de Justicia, Carlos Neuman, con su hija Elisa, una mujercita casera y hacendosa, a quien no le era indiferente, ni muchísimo menos, su vecino de la planta baja. Pero las circunstancias excepcionales en que se encontraba Engel le hacían huir de aquella encantadora criatura, por el temor de llegar a enamorarse de ella, sin poder ofrecerle un nombre que otra se había llevado ya, para arrastrarlo por los suelos de los escenarios.

Esta aparente indiferencia que demostraba el lampista por su joven vecina, atribuía ella a la cortedad del carácter de Engel, e inventaba mil excusas con tal de hacer que su vecino subiese de vez en cuando a su casa.

Varias veces descompuso el grifo y le dijo a su padre:

—Otra vez se ha echado a perder la fuente. Haz el favor, cuando saigas, de decirle al señor Engel que venga a componerlo.

Ante aquella serie de roturas que el pobre señor no sabía a que achacar, exclamaba extrañado.

—Parece mentira lo que sucede, pero es extraño que de algún tiempo a esta parte los grifos de esta casa se descompongan con tanta frecuencia.

Pero sin llegar a comprender el verdadero motivo, cuando salía de su casa iba a la del lampista y le comunicaba la orden diciéndole.

—Hagan el favor de subir a mi casa que creo que el grifo se ha descompuesto nuevamente.

El aprendiz recogió las herramientas para reparar la avería, pero cuando fué a salir, el encargado de la tienda le detuvo diciéndole:

—Deja las herramientas y no te muevas.

Ya sabes que los desperfectos de arriba sólo los arregla el patrón.

Entró al interior de la tienda y sonriendo maliciosamente, como dando a entender que estaba en el secreto del asunto, le dijo a Engel.

—El grifo del primer piso está otra vez descompuesto, patrón.

Pedro, sin preocuparse de la sonrisa de su encargado, se encaminó hacia el piso de Elisa, que al verlo entrar le dijo:

—No se le ve a usted por ningún sitio, Pedro. ¿Está usted haciendo penitencia?

—Nada eso, Elisa, pero creo que donde estoy mejor es en mi taller y por eso no salgo de él.

—¿Es posible que un hombre, solo como usted, no trate de distraerse algún rato?—volvió a decirle la muchacha—. Si yo fuera libre como usted, procuraría divertirme un poco en vez de estar encerrada todo el día, por no tener con quien salir.

La indirecta no podía ser más clara y Pedro que lo comprendió la invitó diciéndole:

—¿Quiere usted que vayamos mañana noche al Tivoli, para ver las atracciones que hacen?

—Por mí no hay inconveniente. Se lo diré

a papá y estoy segura de que no se opondrá tratándose de usted.

Era el Tivoli uno de esos teatros que parecen barracones de feria y por cuyo escenario desfilaban artistas de todas clases: bailarines, equilibristas, atletas, danzarinas, todo ese género de artista que producen las variedades y que van de un sitio a otro, recorriendo el mundo, como galeotes de la farandulería.

A la noche siguiente, en el marco verbenero del Tivoli, Pedro y Elisa, tomaron asiento, en una de las mesas de la terraza y desde allí vieron desfilas, sin el menor interés todas las atracciones que componían el programa.

Casi todos los números carecían de importancia y la pareja, más que de los artistas se ocupaban de ellos mismos sintiendo latir con más fuerza la pasión amorosa que los unía, hasta que uno de los artistas les hizo fijarse en el tablado que ante ellos se levantaba. Era este el bailarín Fred. A su lado, Casanovas y don Juan parecían dos tímidos colegiales. Fue uno de los números que más llamaba la atención, aunque no tanto como el de la danzarina Dolly, una mujer completamente joven todavía, que bajo los afeites baratos, entre los trapos de colorines y los telones pintarrajeados, ocultaba su historia; una historia de

desengaños y de amarguras que en vano pretendía olvidar.

Al verla aparecer en escena, Engel sintió un dolor agudo en el corazón. Era la vida que retrocedía, precisamente en aquel instante, en que junto con la muchacha a quien creía amar se sentía ajeno a todo pensamiento doloroso. ¡Volvía el pasado a desfilas ante su vista! Y Pedro Engel no podía apartar los ojos de aquella mujer que había sido su esposa y de la que se había divorciado sin que la llama del amor, que en otro tiempo había ardido se hubiese extinguido del todo.

No pasó desapercibida para Elisa la contemplación de Engel y atribuyéndolo a otro sentimiento bien distinto se creyó humillada por la belleza provocativa de la artista y le dijo a su acompañante:

—Es tarde ya... Quisiera volver a casa.

No opuso Pedro la menor objeción a los deseos de la joven y el mismo camino que momentos antes habían pasado felices y alegres volvieron a cruzarlo sin decirse una sola palabra. En el corazón de ambos se había albergado un sentimiento completamente distinto. En el de ella los celos la torturaban, mientras que en el de él, la visión de su esposa lo atenazaba de una forma enérgica y dominadora...

SEGUNDA PARTE

Apenas dejó a Elisa en su casa volvió maquinalmente al Tívoli. La sesión había terminado y Dolly concluido su trabajo se hallaba en su camerino, quitándose todos aquellos afeites y trapos con que pretendía ocultar el dolor de su vida.

Detrás de ella se hallaba Fred, en el que la belleza algo marchita de Dolly había despertado su capricho y una vez solicitaba de ella que aceptara el amor que le ofrecía.

—¡No, Fred— respondió la danzarina—. No quiero más amores con artistas... Por seguir a uno de ellos abandoné mi hogar... mi felicidad... ¡Y ya ves lo que he tenido en compensación!

—Pero yo no soy como los demás— insistía Fred—. Yo te quiero a ti... no quiero a nadie más que a ti...

—Tú igual que todos—le atajó la artista—. Se perfectamente lo que me esperaría si te hiciera caso.

Y sin querer oír por más tiempo las pro-

testas de amor del bailarín salió a la terraza donde se vió sorprendida con la presencia de su marido.

Intentó marcharse, pero Pedro la detuvo,



obligándola a sentarse en su misma mesa y le reprochó su conducta diciéndole.

Parece mentira, Rosario, que para llegar a esto me abandonases.

—Llevas razón, Pedro. Demasiado cara he pagado mi ligereza, pero ya es tarde para arrepentirme, ni tú podrías perdonarme, ni

yo podría borrar la vida que hasta ahora he llevado.

Había en sus palabras un tono tal de dolor y sinceridad que Engel no dudó ni un instante que las frases de su antigua esposa, de la que todavía lo era, eran hijas del arrepentimiento.

Su corazón noble y comprensivo de las debilidades humanas y por otro lado el amor que todavía sentía por ella, le hizo que la atrajera dulcemente hacia él y le dijese:

—Todavía estás a tiempo de enmendar tu equivocación. Abandona esta vida que llevas, vente conmigo a nuestra casa, y en nuestro amor hallarás la tranquilidad que ahora te falta.

—¡Qué bueno eres, Pedro!—exclamó ella abrazándolo.

Y como una pareja de recién casados marcharon hacia la casa de Engel. Hacia aquel hogar que desde aquella noche volvería a ser suyo como siempre lo había sido.

En los días que siguieron a este encuentro, Pedro y Elisa vivieron como en un deslumbramiento; del pasado, si algo se recordaba, eran solamente las horas felices.

Había vuelto a la tienda la alegría de antaño y el aprendiz, que ya no recibía, como

antes, tantos coscorriones, le decía el encargado.

—Es una suerte que el patrón haya vuelto a encontrar a su mujer, por lo menos no se pasará el día rabiando...

Pero de pronto se extinguió la llamarada de aquel amor, y aquellas dos vidas antagónicas volvieron a sus cauces respectivos. La vida entre los dos esposos, transcurrió sin exaltaciones de ningún género, tranquila, silenciosa, era el verdadero hogar del obrero.

Rosario, a los pocos días de vivir con su marido fué a despedirse del empresario del Tívoli y Fred, cuando supo la noticia le preguntó, poniendo en sus palabras todo el mayor dejo de amargura posible.

—¿Pero es de veras que te vas, Dolly?

—Estoy completamente decidida a abandonar esta vida—contestó la antigua danzarina, que en su vida de artista se hacía llamar de esta forma en vez de Rosario, como era su verdadero nombre.

—¡Qué triste va a quedar esto sin ti—se lamentó nuevamente Fred.

—¡Qué se quede!—repuso Rosario—. ¡Ya estoy cansada de esta vida! ¡Quiero tranquilidad, quiero reposo! ¡Si siguiera aquí un minuto más, me moriría!

Pero aquella resolución de Rosario sólo fué

pasajera, la vida alegre y bulliciosa de la farándula la atraía. Era una luz que la cegaba y en medio de su ceguera corría alocada hacia aquel resplandor en el que más tarde había de quemar sus alas de mariposa.

La tranquilidad de la vida de mujer casada empezaba a cansarla y los disgustos entre los dos esposos empezaron de nuevo a surgir con la misma violencia que años atrás y Pedro quiso buscar un consuelo en el cariño desinteresado de Elisa.

Rosario, había vuelto nuevamente al teatro y Pedro consiguió por fin hablar con Elisa en su misma casa, en aquella casa que había dejado vacía Rosario y le dijo.

—Elisa, le debo a usted una explicación... Concédame solamente unos instantes...

La joven no había olvidado la escena de la noche del teatro y le contestó:

—Entre usted y yo nada hay que hablar ya, señor Engel.

—Cuando usted me oiga, estoy seguro de que no me tratará tan duramente—repuso Pedro, deteniéndola con una mirada de súplica—. Yo soy un desgraciado, Elisa, créame usted... Si me aprecia usted un poco, no me abandone en estos momentos...

Engel iba a confesarle toda su vida, la equivocación de aquel matrimonio que lo tenía

atado con hilos invisibles y que no podía romper, pero en el mismo instante entró el aprendiz y le dijo, al ver que estaba con la joven:

—Patrón... una señora quiere hablar con usted.

Lo que menos podía pensar en aquel momento Pedro era que fuese Rosario la persona que pretendía hablarle y, por lo mismo, cuando la vio aparecer ante él en la habitación inmediata cerró la puerta que comunicaba con la alcoba donde estaba Elisa y le dijo duramente:

—¡Cómo te has atrevido a venir! ¡Ya sabes que te dije que no quería verte más por esta casa!

—Comprendo que tienes razón para todo, hasta para echarme, pero ten compasión de mí. Por ti he abandonado el teatro, lo he sacrificado todo, hasta el porvenir de mi carrera—suplicó ella.

Las voces del uno y las súplicas de ella llegaron hasta donde estaba Elisa, que comprendió que el amor de aquel hombre era imposible para ella y huyó de aquella casa con el corazón desgarrado por el dolor.

TERCERA PARTE

Nuevamente Rosario supo vencer con su astucia la oposición de su marido y nuevamente fué la dueña de aquel hogar que por dos veces había destruido ella misma.

No duró mucho tiempo la fingida manse- dumbre de Rosario. Su vida se había embriagado con la alegría ficticia de la bohemia y su alma suspiraba por aquella libertad que había perdido. Recordaba los días del teatro con una satisfacción inmensa que le hacía odiar cada vez más la vida que ahora llevaba.

Por la menor cosa se suscitaba una violenta cuestión entre los dos esposos y uno de estos días en que fué más violenta que de costumbre aparecieron sus antiguas compañeras de tablado, quienes intentaron persuadirle del lamentable error en que estaba viviendo, del modo tan recluso en que su esposo la tenía.

—Parece mentira que tú te adaptes a vivir con la modestia en que vives—le dijeron.

Rosario no contestó nada. La elegancia de sus compañeras contrastaba más aún con la humildad de su vestir y por un momento la envidia se apoderó de ella. Fué un deseo invencible de volver a su antigua vida; pero



aun tuvo fuerza de voluntad para resistirlo y contestó:

—En el teatro tampoco se ganaba ni casi para comer. Aquí, por lo menos, vivo al lado de un hombre que me considera y procura que nada me falte.

—Eso era antes. Ahora estamos haciendo

un negocio como nunca. Yo soy ahora bailarina. Voy a demostrarte mis habilidades coreográficas, para que veas que no sólo tú eres la que las posees.

Y, uniendo la acción a la palabra, se puso a bailar uno de los más grotescos bailes con que solía exhibirse en el escenario, a la vez que era coreada por los gritos y carcajadas de todas las demás amigas, incluso de Rosario.

En este momento llegó Pedro y con una mirada solamente bastó para que las artistas comprendieran que estorbaban allí y dejaran el campo libre.

—No quiero ver otra vez en mi casa a esa gentuza—exclamó Pedro cuando quedaron solos.

—Creo que lo menos que puedo tener es el derecho de recibir a mis amigas—repuso Rosario—. Además, ni son gentuza, ni mucho menos. Debías de respetar un poco más a mis amistades.

—¡Tus amistades! ¡Poco bueno te pueden traer!—exclamó el esposo, dejando los utensilios del trabajo sobre la mesa, sin querer seguir la conversación, seguro de que la discusión de la mañana volvería nuevamente a suscitarse.

CUARTA PARTE

Aquella misma tarde estaba Rosario en la tienda cuando se vió sorprendida por una visita que la alarmó grandemente. Era Fred que venía a verla.

—¡Vete, vete! ¿Cómo te has atrevido a venir aquí?—le preguntó Rosario.

—Porque hace mucho tiempo que deseaba verte. Porque te quiero como siempre, porque no he podido olvidarte.

—Pero, ¿no comprendes que puede venir mi marido? ¿Que no es este el sitio más oportuno para vernos?—volvió a decirle Rosario.

—Entonces ven tú a verme. Trabajo en el Edén. Ven a verme esta noche... Te lo pido como compañero y como enamorado.

—Yo te prometo que iré esta noche pero, ¡por Dios!, vete antes que venga mi marido.

Fred se la quedó contemplando un momento y luego, como quien quisiera recriminarle su decisión de abandonar el teatro, le dijo:

—Parece mentira que puedas vivir aquí.

En esta obscuridad donde tu belleza pasa desapercibida...

No pudo continuar hablando porque en aquel instante entró Pedro, y Rosario, para disimular su turbación, hizo como que le estaba vendiendo una lámpara a Fred

No pasó para Pedro desapercibida la agitación de su esposa y, sin quererle dar a entender que se había dado cuenta del engaño, tomó la lámpara, la lió en un paquete y le reprochó burlonamente a su mujer:

—Debiste haberle envuelto la lámpara a este señor.

Aquella noche, tal y como lo había prometido, Rosario fué al Edén, donde Fred era aclamado por el público en sus bailes modernistas. El ambiente de aquella vida la sedujo de nuevo y se lamentó ante su eterno enamorado:

—¡Qué diferente es esta vida de la que yo llevo, Fred! Aquí todo es luz y alegría... Allí todo es obscuridad y tristeza.

Fred comprendió que estaba en el momento más oportuno para ganar la partida y no dejó perder la ocasión para decirle:

—Piensa que tu vida es ésta y no aquella que te has empeñado en seguir... Tú naciste para brillar, no para vegetar tristemente detrás de un mostrador.

Si algo detuvo hasta entonces a Rosario para aceptar el amor de aquel hombre todos sus buenos propósitos desaparecieron en aquel instante y le prometió volver todas las noches.

Y Rosario volvió al Edén un día y otro, aquel ambiente la atraía, como la luz atrae a las mariposas; pero aun así la fidelidad al esposo se mantenía firme aun cuando Fred ponía todo lo que podía de su parte para vencerla. Pero la antigua bailarina había sabido lo que eran los amores de artistas y luchaba tenazmente contra aquel deseo, diciéndole:

—Todo lo que me dices para convencerme no es más que un deseo por satisfacer.

—No, Dolly—le prometía él ceremoniosamente—. Vente conmigo y no te pesará... Decidete. Puedo contratarte como mi pareja de baile para una gran «tournée». Viviremos como en un sueño...

—¿Y cuando se desvanezca la ilusión de los primeros días?—preguntó ella, convencida al fin.

—Te lo juro—insistió el bailarín—. Nunca te abandonaré... ¡nunca!

Y en el cuarto del artista aquella misma noche trabaron el plan para fugarse al día siguiente.

QUINTA PARTE

Desde hacía algunos días Pedro Engel vigilaba estrechamente a su mujer y sabía que ésta iba todas las noches al «music-hall».

La misma noche en que acabamos de dejarla hablando con Fred, Pedro aguardó durante varias horas el regreso de su esposa y cuando, por fin, ésta entró a su casa le preguntó enérgicamente:

—¿Puedo saber de dónde vienes a esta hora?

—De casa de una amiga—respondió Rosario cínicamente.

—¡Mientes!... ¡Sé que vuelves a las andadas... que tus propósitos de enmienda se han quedado en eso... en propósitos!

Rosario, decidida a terminar de una vez con aquella fastidiosa situación que la tenía sumida en una vida que ella creía vulgar, se encaró con él y le dijo:

—¡Y eres tú quien te atreves a hacerme reproches... tú, que has destrozado mi vida uniéndola a la tuya miserable... tú, que me

hiciste la afrenta de humillarme ante otra mujer que vale infinitamente menos que yo!

Las palabras de aquella mujer, sus gritos y sus ademanes acabaron con la poca paciencia de Pedro, que, ciego por completo, aga-



tró un martillo y se abalanzó sobre ella. Afortunadamente, el encargado de la tienda y el aprendiz habían entrado al oír los gritos de Rosario y aquél detuvo a Engel, diciéndole:

—¡Qué va usted a hacer, patrón!... Déjela que se marche... ¡Es mejor para usted y para todos!

Y otra vez Rosario abandonó su hogar para entregarse en brazos del vicio que la dominaba. Un nuevo amor, tan efímero como todos los anteriores, la atraía con fuerza sugestiva y, siguiendo la imperiosidad de su deseo, corrió al Edén, donde Fred la estaba aguardando según habían convenido.

Los días que siguieron al de la marcha de Rosario fueron para Pedro desoladores. Una infinita tristeza se apoderó de todo su ser y apenas si salía de su casa para nada. El trabajo había ido quedando olvidado hasta el punto de que en cierta ocasión el mismo aprendiz le dijo al encargado de la tienda:

—Si el patrón sigue así mucho tiempo, me parece que pronto tendremos que cerrar la tienda.

—Yo creo que todo esto se arreglaría fácilmente con tal de que una persona que yo conozco se decidiera a ello.

De todo tenía menos de tonto el aprendiz para comprender lo que su principal quería decir, y aquella tarde, ni corto ni perezoso, se fué a casa de Elisa y le dió cuenta de la triste situación en que se encontraba su patrón y terminó diciéndole:

—Debería usted ir a verle, a decirle algo... ¡el pobre es tan desgraciado!

Elisa sentía por Pedro uno de esos cariños

que nunca mueren y el mismo día de enterarse de su desgracia fué a su casa.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó Pedro al verla entrar.

—Vengo a verle, por si puedo serle útil en algo... Sé que sufre usted y si mi mano está proporcionarle algún consuelo... —contestó Elisa.

—Se lo agradezco, pero nadie puede darme consuelo en mi situación... ¡Es demasiado tarde!—se lamentó Engel.

—¡Quién sabe si todavía está usted a tiempo de encontrar la felicidad que se merece—exclamó de nuevo Elisa, acariciando los cabellos de Pedro, que con la cabeza entre las manos procuraba ocultar las lágrimas que pugnaban por escaparse de sus ojos.

Las dulces palabras de la muchacha animaron algo el decaído espíritu del pobre hombre y exclamó reteniendo entre sus manos las de la joven:

—Tal vez tenga usted razón, Elisa... Sí, aun puede arreglarse todo... Hay leyes, hay divorcios... Siga usted, siga usted animándose.

—Pero, ¿qué habla usted de divorcios?—exclamó Elisa sin comprender el alcance de las palabras de su amigo.

—Quiero decir, Elisa, que, aunque yo esté

casado, puedo separarme legalmente de mi mujer y volverme a casar, si usted me acepta como marido.

Hacía mucho tiempo que la joven aguardaba ansiosamente este deseo; pero, sin embargo, cuando llegó el momento no se atrevió a decir nada y, cogiendo a Engel de la mano, lo condujo a su casa.

—Papá—le dijo a éste cuando estuvo ante él—, el señor Engel ha subido conmigo y quiere hablarte.

—Que entre—exclamó el buen viejo.

Momentos después Engel ponía al padre de Elisa al corriente de lo que pensaba y éste le decía:

Por mi parte no hay el menor inconveniente. Si mi hija está conforme, yo nada tengo que oponer... Lo único que le encarezco es que gestione usted rápidamente el divorcio. Para ello voy a recomendarle a un abogado que conozco, persona muy seria y que le atenderá a usted.

Sin perder tiempo, Engel marchó a la dirección que le dió su futuro suegro y expuso al abogado el caso en que se hallaba y su deseo de obtener el divorcio lo antes posible.

—Hay un inconveniente—repuso el leguleyo—. El divorcio no puede otorgarse en au-

sencia de una de las dos partes... y usted ignora el paradero de su esposa...

—¿Y no hay otro camino para obtenerlo?—preguntó Pedro.

—No hay más camino que el legal... La ley es la ley y es preciso someterse a ella. Yo le ayudaré en sus pesquisas. Y cuando tengamos ese dato en su poder, entonces podremos obrar con entera libertad.

Cabizbajo y apesadumbrado encontró aquel día Elisa al que dentro de poco había de ser su esposo y le preguntó:

—¿Has visto al abogado?

—Vengo de su despacho—respondió Pedro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que hay algunos trámites que son precisos realizarlos antes de poder obtener el divorcio...

Pasaron los días, felices para Elisa, que creía a ciegas en la proximidad de su dicha, y desesperantes para Pedro, que veía cada vez más difícil alcanzar el divorcio con su primera mujer. Cuando ya lo creía todo perdido, una carta del abogado vino a fundamentar sus sospechas, diciéndole:

«Muy señor mío: Siento comunicarle que todos los anuncios insertados en los periódicos no han dado

el menor resultado. El paradero de su esposa sigue sin descubrirse y, mientras no tengamos ese dato, nada se puede hacer, según le dije.

»Le saluda atentamente,

»R. Chapuis.»

—Ese abogado es demasiado serio—le dijo el encargado cuando le puso al corriente de lo que se trataba—. Yo conozco a otro que ha arreglado asuntos más difíciles... Es un hombre de cuidado, pero listo de veras... Se llama Riban.

Pedro estaba decidido a consultar a todos los abogados habidos y por haber con tal de encontrar uno que pudiera arreglarle aquel asunto del que dependía su felicidad, y, por lo mismo, no tardó en ir al nuevo abogado para ver si éste encontraba el medio de poder separarse de su mujer y casarse con Elisa.

Aquella misma tarde se presentó en el bufete del llamado Riban y le expuso lo que el anterior abogado le había dicho.

—En efecto, lleva razón—repuso Riban—. Para obtenerse el divorcio ignorándose el paradero de una de las partes sería necesario perder mucho tiempo... meses... tal vez años. Pero hay otro medio... ilegal.

—¡No, no!—protestó Pedro—. Yo no haré nunca nada que no sea perfectamente legal.

—En ese caso, nada puedo hacer, señor—terminó diciendo el abogado.

Pero los días pasaban y Elisa cada vez apremiaba más en sus deseos de unirse cuanto antes al hombre amado y le decía:

—¿Cuándo nos casaremos, al fin, Pedro?

—Pronto, creo que muy pronto—le respondía éste sin atreverse a declararle el inconveniente que impedía su divorcio.

—Siempre me dices lo mismo—se quejaba la muchacha—, pero lo cierto es que el tiempo pasa y nuestra boda no adelanta nada. ¿Es que has dejado de quererme?

—Ya sabes que no es eso, Elisa—respondía él—. Mi amor por ti es más grande que mi propia vida, pero es necesario esperar, tener paciencia...

—¿Te parece que es poca la mía?... Comprende que esta situación no puede prolongarse... Mi reputación padece con esta espera prolongada.

La insistencia de la joven desesperaba a Pedro, hasta el punto de que fué nuevamente al despacho de Riban y le dijo:

—¡Necesito mi libertad y la necesito pronto! ¡Haga usted lo que quiera! ¡Yo tengo

que casarme en seguida, cueste lo que cueste !

Y Pedro, al cabo de unos días, con una declaración falsa de la muerte de su mujer, pudo contraer matrimonio con Elisa.

SEPTIMA PARTE

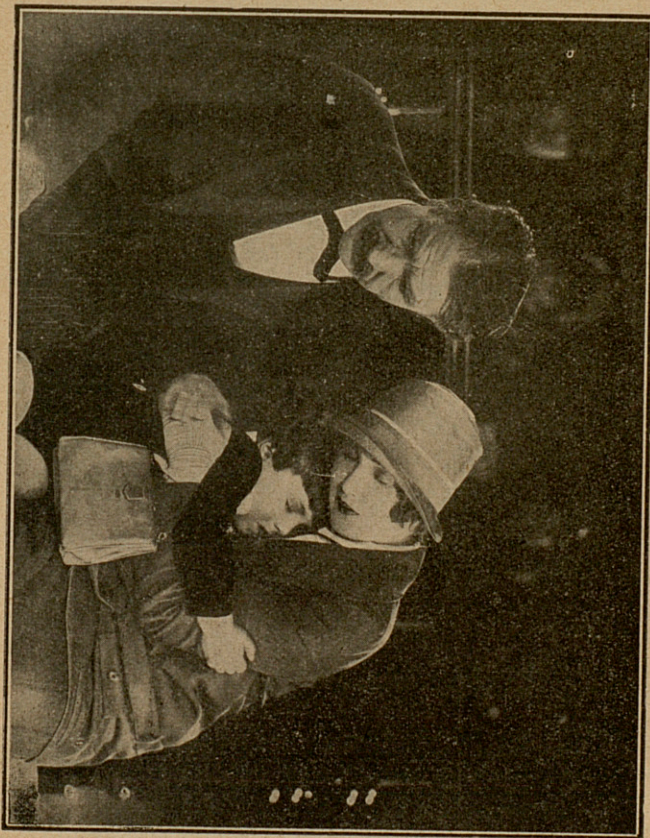
Pasaron años de felicidad y, para que ésta fuera del todo completa, el cielo unió más aquellas dos vidas con la de un ángel, que alegraba con los trinos de sus risas el hogar humilde, pero dichoso, del obrero.

Pero aquellos mismos años habían sido para otra persona de miseria y de dolor.

Rosario, abandonada a los pocos días por Fred, había ido descendiendo hasta convertirse en un miserable guiñapo humano, consumido por los estupefacientes, con los que procuraba ahogar sus dolorosos recuerdos.

Desesperada, sin fuerzas para seguir arrasando por el mundo su mísera existencia, volvió a buscar amparo al hogar del esposo que había abandonado.

Había cambiado tanto la expresión de su rostro, tan desfigurada estaba, que Elisa no



pudo reconocer en ella a la mujer que creía desaparecida para siempre.

—Seguramente no pensó usted nunca verme en este estado—le dijo Rosario—. ¿No me conoce?

Elisa negó con la cabeza y Rosario continuó diciendo:

—Sí... he cambiado mucho... ¿Usted, por lo que veo, sigue viviendo por aquí?

Entonces fué cuando Elisa pudo reconocerla y, sin poderlo contener, dejó escapar un grito de espanto que hizo que Pedro acudiera al oírlo.

Tampoco Engel reconoció a su antigua mujer y ésta se dió a conocer diciéndole:

—Me encuentras muy cambiada, ¿no es cierto?

—¡Rosario! — exclamó Pedro—. ¿A qué vienes aquí? ¡Te fuiste de mi casa por tu voluntad; ahora te echo yo para siempre!

—¡Ya comprendo...! Esa joven es tu amante y yo te molesto, ¿verdad?—respondió Rosario.

—¡Esa joven es mi esposa!—gritó Engel—. ¡Conque vete inmediatamente de aquí!

El miedo de verse otra vez abandonada en medio del arroyo la hizo cambiar de actitud y suplicó:

—¡No me echas, Pedro! ¡Estoy rota... estoy vencida... tú eres mi última esperanza!

—¡Vete!—volvió a decirle Engel, sin que aquellas palabras lograran enternecerle.

Arrojada a los pies de él, Rosario continuaba suplicándole:

—¡Ten piedad de mí!... ¡Viviré poco... estoy muy enferma!

—¡Vete he dicho!—repitió Pedro.

Un relámpago de odio cruzó por la mirada de la desgraciada mujer y exclamó:

—¡Es por ella por quien me obligas a marcharme! Pero yo tengo derecho a quedarme aquí! ¡Soy tu única mujer!

—¡Tú eres de la calle! ¡Vete de donde vienes!—exclamó Pedro, arrojándola de la casa.

El odio de Rosario no tardó en darse a conocer. La ley la amparaba y a ella se acogió para denunciar a su marido como bigamo.

Se celebró la causa y cuando Elisa esperaba con ansia indescriptible el fallo del tribunal, su hijito, con la inconsciencia propia de sus pocos años, se acercó a Rosario, que se hallaba en un rincón de la sala y le dijo acariciándola:

—¿Por qué estás sola?

La vista del pequeño despertó en el corazón de la infiel esposa los dormidos senti-

mientos de nobleza. Comprendió que no tenía derecho a interponerse en la vida de aquellos seres y en un momento de sublime abnegación tomó de su bolso un puñado de pastillas de morfina y se las tragó de una vez.

Cuando minutos después el tribunal volvía a reunirse para hacer público su fallo, Rosario, tambaleándose, presa de los más horribles dolores, entró gritando:

—¡No... que no le condenen... es inocente... porque ya no tiene... más... que una... mujer!...

Y cayó muerta en el acto.

Había desaparecido el delito de bigamia y Pedro halló recompensa a sus pasados sufrimientos en el amor de aquella santa mujer y en el cariño de su hijito.

FIN

